## Las habilidades de un César mexicano

En la primera etapa de la guerras por la independencia de México, Agustín de Iturbide se había lucido como un militar leal a la causa realista combatiendo a los insurgentes con innegable eficacia. Era sin embargo visible que tras la derrota y fusilamiento de Hidalgo y Morelos, hubo diversas batallas de 1810 a 1820, y no se había apagado el fervor independentista. La crisis continuaba, los virreyes se sucedían en el mando, Francisco Javier Venegas, Félix María Calleja, José Luis de Apodaca, y Novella Azabal que fue reemplazado por Juan O'Donojú, que será el "jefe político superior" con el cual tuvo que lidiar y convencer el personaje llamado Agustín de Iturbide. ¿Tenía sentido seguir con virreyes borbónicos después de lo que se había vivido en los últimos diez años?

Hasta 1808, México era una ciudad tranquila, aunque desde hacía un tiempo, tras las reformas borbónicas, se había comenzado a utilizar palabras como "libertad, progreso, nación".[10] Pero el 8 de junio de ese año "llegó la noticia de que Carlos IV había abdicado en favor de su hijo Fernando". Se preparaban las celebraciones cuando llega la noticia que "la corona había quedado en poder de Napoleón".[11]

En México, los mexicanos se consideraban novohispanos; habían jurado fidelidad a Fernando VII, probablemente sin imaginar jamás tal tipo de vacancia. Si el rey estaba ausente, "la soberanía revertía al reino". ¡Y el reino eran ellos! José de Iturrigaray, entonces virrey, convoca una junta de ayuntamiento. El paso era legal y racional, pero "algunos burócratas y comerciantes peninsulares prepararon un golpe de Estado". "Y unos 300 hombres bajo el mando del rico hacendado Gabriel de Yermo apresan al virrey y su familia". Eso, hasta ese instante, era inimaginable. Como dirá Antonio Annino, la Nueva España no era una entidad natural sino histórica. Y de ese paso a la muchedumbre que nombrará a Hidalgo el rebelde, Generalísimo, no hay mucha distancia. Se había abierto una crisis intestina propia a sociedades donde el absolutismo pierde el mando de la noche a la mañana. En México, la noticia de dos reyes secuestrados por el corso llamado Bonaparte desencadenó diversas reacciones. Pero después de diez años, ya no estaba prácticamente en cuestión la necesidad de la emancipación, como cuando el grito de Hidalgo,

sino el tipo de régimen que sería el mejor para regresar a la paz. La forma de gobierno, en suma, era importante, pero también acabar la guerra.

En la Nueva España, "más rica y más grande que la metrópoli", como había dicho Humboldt, de pronto turbulenta, de esos años, estaba ocurriendo lo que en ese momento sufrían los países sudamericanos. Las guerras intestinas no solo eran costosas sino que destruían prácticamente la economía a punta de arrasar haciendas y propiedades para sostener los diversos ejércitos en pugna. Según cálculos hechos en el siglo XX, en México, "las guerras contra España habían costado seiscientas mil vidas. Y si en 1822 vivían siete millones de habitantes, eso era "la décima parte del total, y la mitad de la población trabajadora".[12]

Estamos describiendo el contexto social, económico y político en torno a Iturbide, los desarreglos de su tiempo y de su sino. ¿No ha dicho acaso el filósofo que el hombre es su yo y su circunstancia? La corona acéfala inquietaban al clero, los conservadores, a monárquicos, potentados, pero no es posible dejar de lado un sujeto institucional y social que había emergido, creado por la corona misma, desde la creación de los Estados Unidos y los hechos revolucionarios en Francia. La fuerza militar. Un nuevo actor en la escena pública. Los militares habían aparecido mucho antes que los sucesos de 1808 y 1810 y dada la situación, se incrementaban los regimientos. Al punto que en 1820, en México "hay un ejército regular de 40'000 efectivos y otros tantos de milicias, distribuidos en nueve comandancias autónomas del poder civil", señala, atinadamente, Alicia Hernández[13] e Iturbide era un jefe militar con prestigio.

En cuanto al otro sector del orden, los conservadores ante el liberalismo que venía de España esta vez, no se preocuparon, sino que se aterraron. Clase aristocrática y clero comenzaron, pues, a reunirse en secreto y en la discreción más absoluta para deliberar. Es decir, a la manera de las logias masónicas¡! El lugar de reunión fue el Oratorio de San Felipe Neri. Y la historia de México la conoce como la Conspiración de La Profesa. La dirigía el canónigo Matías de Monteagudo. Fue tan secreta que hasta hoy no se sabe quienes asistían. Según se dice, trazaron diversos planes. El dilema era que no se podía ni inclinarse ante la Constitución liberal que el giro de España imponía, ni tampoco negarla. Era, pues, necesario, hallar un hombre a la vez fuerte y lúcido que





encontrara una salida. Y el primer paso fue elevar a Iturbide a un rango tal, que pudiera discutir con el virrey, de cara a cara. Así, convencieron al virrey Juan Ruiz de Apodaca de que debería consignar a Agustín de Iturbide como Comandante General del Sur.

Con el primer ascenso que no había ganado en combate, Iturbide partiría al sur para enfrentar al ejército del general Vicente Guerrero, uno de los pocos dirigentes independentistas que permanecían de pie. Ahora bien, Guerrero no era cualquier general. De origen popular, mestizo, no había recibido ningún tipo de educación, dice Lorenzo de Zavala —otro político mexicano que luchaba contra España— pero conocía el territorio del sur, había sido arriero antes que militar, cercano a los pobladores, reunía fácilmente miles de soldados, los disciplinaba, los armaba, y de sus hermanos que habían pertenecido a la milicia española, había aprendido todas las artes y prácticas de la estrategia militar y "tenía el talento claro". Vicente Guerrero nos hace pensar en un personaje escapado de las guerras revolucionarias del México de Emiliano Zapata, en 1910, un siglo más tarde. Está demás decir que a Guerrero no lo habían podido derrotar. Y Agustín de Iturbide marcha a enfrentarlo en diciembre de 1820.

Es preciso ser sucinto en este episodio del enfrentamiento entre Iturbide y Guerrero. Lo hubo, con diversos encuentros, en Alquisiras, en el sitio a Zapotepec, en Totomaloya. Los escolares mexicanos saben hoy que esas fueron las últimas batallas de la guerra de Independencia. Antes de partir, Agustín de Iturbide le había escrito al virrey Apodaca: "Mi amado y respetado general: me tomo la libertad de rogarle particularmente con el mayor de los encarecimientos, que se digne poner a mis órdenes toda la tropa que le he pedido para esta campaña". Además, solicitaba el grado de brigadier y que se sumaran a sus soldados los del regimiento de Celaya. Todo eso se le concedió. Pero esta vez, Iturbide no lograba vencer a su rival. Dicho de otra manera, en cada combate que tuvo con Guerrero, era derrotado pero no del todo. No eran combates en que se jugaran el todo por el todo. Guerrero mismo, el 2 de enero de 1821, con cuatrocientos hombres, había desbaratado una columna subalterna del ejército de Iturbide, en la batalla de Zapotepec. Pero los granaderos de la Corona y de los dragones de España, permitieron el repliegue de las tropas realistas. Además, Iturbide y sus oficiales se habían dado cuenta de que Guerrero conocía el terreno y en consecuencia esa guerra

podía durar indefinidamente. Entonces, tal como había enviado una carta al virrey, Iturbide le escribe a Guerrero. Es una misiva directa, a la pata la llana. "Sin andar con preámbulos, que no son del caso, hablaré con franqueza que es inseparable de mi carácter ingenuo. Soy interesado como el que más en el bien de esta Nueva España, país en que como Ud. sabe he nacido, y debo procurar por todos medios su felicidad. Ud. está en el caso de contribuir a ella de un modo muy particular, y es, cesando las hostilidades, y sujetándose con las tropas de su cargo a las órdenes del gobierno, en el concepto de que yo dejaré a Ud. el mando de su fuerza, y aun le proporcionaré algunos auxilios para la subsistencia de ella…" (10 de enero de 1821).

De paso le informa que ya habían partido a España diputados novohispanos, y que se estaba buscando un infante, y este podía ser Carlos de Borbón o Francisco de Paula de Borbón. Y por último, "tenía fuerzas suficientes para vencerlo". Por cierto Iturbide alardeaba de poder tener mayores recursos militares venidos de la metrópoli, cosa que hoy sabemos era casi imposible. España ya tenía sus propios problemas. Ahora bien, Guerrero era un hueso duro de roer. Anteriormente había rechazado un indulto. Diez días después, le responde: "Sepa Ud. distinguir, y no se confunda: defienda Ud. sus verdaderos derechos"… "y esto le labrará la corona más grande"… "Decídase Ud. por los verdaderos intereses de la nación, y entonces tendrá la satisfacción de verme militar a sus órdenes, y conocerá un hombre desprendido de la ambición…" En la respuesta de Guerrero, es curiosa la frase siguiente: "esto le labrará la corona más grande". ¿Se anticipaba a las ambiciones políticas de Agustín de Iturbide? ¿Ese era el propósito final de los secretos planes del complot de La Profesa? Mientras se cursaba esta correspondencia, continuaban las escaramusas militares.

El 4 de febrero recibe Iturbide la segunda carta de Guerrero. Este accede a un pacto de paz. La reunión, con la presencia de sendas tropas de Guerrero y de Iturbide, tuvo lugar en Acatempan, el 10 de febrero, en donde ambos se reúnen, se conocen, conversan y al final, se dan un abrazo. El Abrazo de Acatempan. Las fuerzas revolucionarias de Guerrero se ponen a la orden de Iturbide. No era solo un pacto entre militares. Le sigue el Plan de Iguala, veinte días después. En un programa político de 24 puntos. Algo decisivo.





En Iguala se habían fusionado tanto conservadores católicos y liberales insurrectos. Para sostener ese régimen singular, se monta un ejército nuevo, a partir de las tropas de Iturbide y de los insurgentes de Guerrero. Se le llama Ejército Trigarante. La palabra garante forma parte del nuevo poder militar. ¿Garante de qué? De la religion católica, la independencia y la unión. El primer punto es un principio proveniente de Iturbide, que desde su infancia, dado el fervor de la madre, fue siempre un convencido católico. El segundo es un enigma, ¿qué tipo de independencia? ¿Republicana o una Monarquía? Y la idea de la "unión", está claro que, pese a las contiendas, ambos bandos eran conscientes de la necesidad de la nación mexicana.

Detengámonos un momento en el Plan de Iguala. Vino después del encuentro célebre de los dos jefes de los dos ejércitos en pugna, el revolucionario Vicente Guerrero y el oficial realista Agustín de Iturbide. Y después del célebre abrazo, un plan, en Iguala, un programa político de veinticuatro puntos. Digamos, pues, en primer lugar, qué contenido tuvo. Y en segundo lugar, de dónde proviene ese plan. El contenido reunía a la vez a tradicionalistas católicos como a liberales. Se declaraba la independencia de la Nueva España, se imponía la exclusividad de la religion católica, "sin tolerancia alguna". Ese era un punto claramente de Iturbide, tanto por su fe, como los aliados que frecuentaba, arzobispos, canónicos, a los que hizo llegar con premura el documento después del acuerdo. Y como tercer punto, la definición del régimen de gobierno, "un régimen monárquico moderado constitucional, que se suponía era algo a lo que Fernando VII podía corresponder con aceptar, y acaso, asumir ese trono o enviar un príncipe borbón". Y también se dudó, y en algunos casos, el de Alamán, se autoconvencieron que no hubo nunca el encuentro entre Guerrero e Iturbide, hasta que el tiempo, con la ayuda de testigos, convence al historiador Julio Zárate de esos hechos.

Algo peor ocurre con el Plan de Iguala, tuvo su leyenda negra. Una corriente decimonónica de historiadores mexicanos se obstinó en afirmar que ese programa tuvo su origen dentro de los muros de una iglesia. ¿Cuál podría ser? Hay muchas en México. No podía ser sino el templo jesuita de San Felipe Neri. Resulta en efecto, que Iturbide, cuando en un momento deja la actividad militar, hacía en ese lugar sus ejercicios religiosos. También es verdad que lo que se llamaba la Casa Profesa, fue un lugar en donde diversos religiosos se habían reunido para deliberar lo que podía ocurrir en México

dado el retorno del proyecto liberal, en 1820. Es entonces la leyenda de los "clérigos conspiradores". Quien estaba convencido de ello, era Vicente Rocafuerte.[14] O borrador, o esquema, lo que fuese, había sido puesto en manos de Iturbide. Muchos años después, un pariente de Iturbide, José Malo, aseguraba haber hecho una copia del original del Plan de Iguala en varias impresiones. Con el tiempo esa tesis se fue haciendo cada más verosímil, Iturbide "lo habría hecho con la ayuda de varias personas". Pero se diluyó del todo cuando Carlos María de Bustamante —tenaz opositor de Guadalupe Victoria— autor de una constitución centralista (y que no era iturbidita por ninguno de sus cuatro lados), dijo que antes de ir a enfrentar a Guerrero, ya había Iturbide esbozado el plan revolucionario que convencería a Guerrero por el tema de la unidad. Hasta aquí las intrigas, la envidia. Ahora veamos la realidad.

El Plan de Iguala suscitó en México diversas reacciones. El virrey, sorprendido por el giro que tomaban las cosas, no lo acepta. Había, en efecto, confiado un ejército a Iturbide para vencer a Guerrero y no para pactar con este. El virrey declara a Iturbide fuera de la ley. Ofreció un indulto general y en la ciudad de México se vuelve a formar un segundo Ejército del Sur. Unos cinco mil hombres bajo el mando de Pascual de Liñán. Por su parte, Iturbide había perdido el apoyo de los conspiradores de La Profesa. Estos se unen al gobierno legítimo, al del virrey, a regañadientes. Por su lado, Iturbide había escrito directamente a Fernando VII, dándole información de lo que pasaba en la Nueva España, y a la vez lo invitaba a viajar y asumir el trono. Era un tiempo de espera. Los nuevos generales realistas se pusieron en marcha.

Pero México, en su vasta geografía, se había dividido en dos. Muchos oficiales de ese ejército realista y en particular, en los soldados, comenzaron no solo a desertar sino a pasarse en masa a las filas del Ejército Trigarante. Las ciudades comenzaron a capitular, como en Puebla, considerada la ciudad más importante después de México. En Oaxaca, un prebístero tomó las armas y se puso al lado de los "trinitarios". En agosto, Iturbide entra en Puebla, lo recibe el obispo Antonio Joaquín Pérez. Y entonces, los oficiales principales que habían hecho la campaña, entre ellos Mier, se sorprenden de que no los viven a ellos, sino que se escucha en las calles de Puebla, "Viva Agustín!". Como el Plan de Iguala, ese ejército, el de las tres garantías, era la otra y oportuna invención de Iturbide. Lo tenía claro desde el principio de 1821, como se



prueba en una proclama de su actividad revolucionaria, un manuscrito, que es comentado por Carlos M. de Bustamante, "con letra de él mismo".[15]

La Campaña del Ejército Trigarante pudo fracasar. México estaba lleno de ejércitos. Uno al norte, llamado ejército realista. Un segundo al centro. Un tercero al sur. Estos, de una manera formal, eran las fuerzas del virrey, y como se deduce por su posición, cubrían mal que bien el territorio de la Nueva España. Por aquellos que han estudiado esta cuasi guerra civil, en sus inicios, los ejércitos realistas se desplazaron sin dificultad. Un teniente coronel realista tomo la plaza de Acapulco. Otro hacia San Antonio. Pero en varios puntos, diversos coroneles y tenientes se incorporaban con tropa y todo a los rangos de los trigarantes. En Orizaba, nada menos que Santa Anna —que luego discrepará de Iturbide— se adhiere al Plan de Iguala. Luego, por todas partes, ocurría lo mismo, diversos regimientos se unían a los planes independentistas. El virrey Apodaca se vio obligado a pedir inútilmente a la tropa que desertara del Ejército Trigarante. Varios coroneles considerados como radicales republicanos decidieron secundar el Plan de Iguala. Cada vez más, los contingentes se hacían más grandes, pasaban los 6'000 hombres los de Anastasio Bustamante, entonces iturbista, y que llegaría a ser presidente de México unas tres veces. Esa semiguerra dura de marzo a julio, y aunque el nuevo jefe de los realistas, Francisco Novella, había llamado al alistamiento forzoso, nada impide el 2 de agosto, el ingreso de Iturbide a la ciudad de Puebla, considerada la segunda, después de México.

Hasta ese momento, Iturbide no define en ningún momento sus aspiraciones. En una proclama a la población de Cuernavaca, había dicho lo siguiente: "Ya no sufriréis el yugo de los opresores… La Constitución española no contradice a nuestro sistema de independencia. Arregla provisionalmente nuestro gobierno, mientras que reunidos los diputados de nuestras provincias dictan y sancionan la forma que más convenga para nuestra felicidad social" (23 de julio de 1821). La arenga resulta ambigua. La construcción de un ejército mixto, con insurgentes independentistas y partidarios leales a Fernando VII, no podía surgir del liberalismo de la Constitución española. Y menos los diputados mexicanos que habían partido de México a España.

Iturbide va a enfrentar un nuevo desafío. Mientras estaba en Puebla, le hacen saber del desembarco de Juan de O'Donojú, un nuevo gobernante, no

virrey como muchos historiadores lo llaman, sino capitán general de la Nueva España. La sustitución de Apodaca inclinaba la balanza al republicanismo. Y en este caso, hay que pensar lo que decía Maquiavelo: el destino de un político se juega por sus virtudes y también por la diosa fortuna, el azar. O'Donojú, el virrey, se mostró desde que asumió su cargo, como un liberal convencido. Había conspirado contra Fernando VII en su etapa absolutista. Era de aquellos que habían pugnado por restablecer la constitución liberal. Y sus primeros gestos correspondieron a sus palabras. Detuvo la hostilidad de las tropas realistas y apenas llegado, envió a Iturbide dos cartas de manos de altos oficiales. Reunido con Iturbide, en agosto de 1821, después de oir misa —cosas de Iturbide— se firma los Tratados de Córdoba. La nación mexicana soberana e independiente se llamará el Imperio mexicano.

Hubo luego varios pasos. Se formó una Junta Provisional Gubernativa, de cinco miembros (el poder ejecutivo, Iturbide como presidente). Luego, se le nombra Regente. Y cuando esta cesase, sería consejero de Estado. Aparecieron, entre los posibles congresistas, los iturbidistas, los borbonistas, los republicanos. Sin embargo, de España llegaban noticias adversas. Las Cortes españolas declaraban ilegales los Tratados de Córdoba. Los diputados que habían viajado a España regresaron con un doble no, ni aceptación del Imperio mexicano ni heredero alguno de los borbones. En cuanto a las relaciones de Iturbide con el Congreso, eran cada vez más tensas. Quería que el ejército aumentase sus efectivos, pero los diputados protestaron. En realidad, Iturbide no se ocupaba de la situación financiera, ni en ese instante ni después. En fin, la proclamación de Iturbide se aproximaba, pese a la oposición de diputados y algunos militares. Uno de ellos envió un documento al Congreso diciendo "que debería adoptarse el sistema de Colombia, Chile, Buenos Aires".

La proclamación de Iturbide tiene a la vez un componente popular y un componente jurídico. En cuanto a lo popular, de pronto a la diez de la mañana, el 18 de mayo, grupos de soldados de diversas guarniciones —dicen los documentos de ese tiempo— comenzaron a vitorear en las calles de la ciudad de México. Un sargento, del regimiento de Celaya, saca a las tropas con armas del cuartel, y se lanza a la calle para proclamar a Iturbide. Luego hubo gente de los barrios que se unieron al grupo. Y el coronel Rivero, ayudante de Iturbide, entra a la sala de un teatro para proclamar a Iturbide. Pronto se





conoce un manifiesto del mismo Iturbide: "En un día memorable, el pueblo y la guarnición de México me han proclamado Emperador". Ya sabemos desde Roma. El pueblo aplaude al César. Y el César aplaude al pueblo. Y en ese juego, desaparece el ciudadano. El populismo tiene dos milenios.

Al fin, los diputados solicitaron el salón del Congreso para "deliberar sobre ese asunto tan delicado". Iturbide se presenta a esa sesión con un séquito de oficiales del ejército. El evento ocurre con unas tribunas repletas de público en el que resaltan frailes y militares. Los diputados debatieron por momentos a gritos. Uno de ellos, Gómez Farías, opinaba que Iturbide debería jurar obedecer la Constitución, las leyes y al Congreso mexicano. En fin, votaron y resultó elegido por sesenta y siete votos contra quince. Y luego siguió el juramento, con los convencionalismos de esos actos. "Agustín, por la Divina Providencia, y por nombramiento del Congreso de representantes de la nación, emperador de México, juro por Dios y por los Santos Evangelios, que defenderé y conservaré la religión católica, apostólica y romana, sin permitir otra alguna en el imperio, que guardaré y haré guardar la Constitución que formare dicho Congreso, y entre tanto, la española, en la parte que está vigente." Bolívar, que recibió cartas amistosas de Iturbide, dijo que "era Emperador por la gracia de Dios y las bayonetas" (*Cf. infra*). Hay un tercer padrino, el silencio de España. ¿Qué hubiera ocurrido si se decidían por enviar, finalmente, un príncipe?

## Coronación. Reinado. Derrocamiento

Breve pero intenso el pasaje de Iturbide por los predios del poder. De oficial realista a Emperador. Como ya lo habían proclamado en el Congreso, irritando a los borbonistas que seguían esperando la llegada de un príncipe, y con gran fastidio de las logias masónicas, Iturbide y los diputados que lo seguían continuaron con su 18 brumario.

El Congreso había optado, un mes antes, por un "Emperador Constitucional". Se apoyaban en la legitimidad del Plan de Iguala. Otros alegaban que ni ese plan, ni el Tratado de Córdoba había sido aprobado por las Cortes españolas. Entre tanto en México lo que se discutía era qué título debería usar el flamante monarca. Lo "de primer emperador constitucional" resultaba un tanto largo. No faltó quien sugiriera que "primer soldado del

Ejército de las Tres Garantías", era suficiente. Por esos días, Iturbide le escribe una carta a Simón Bolívar. "Dignísimo Presidente de Colombia, el soberano Congreso de México, secundando los deseos del ejército y del pueblo, me ha elevado al trono de este Imperio el 19 de mayo". Luego, muestra una humildad que como comenta Robertson, "tal vez no poseía": "En mi cabeza una corona¡! Pero lejos estoy de considerar como un beneficio, sobre mis hombros una carga que me oprime¡!" Bolívar, que eso de elevar por el amor del pueblo a un guerrero al trono, lo sabía y lo deseaba, pero también sabía cómo disimular ambiciones. Y describe al monarca mexicano Iturbide como "emperador por la gracia de Dios y de las bayonetas". [16]

En fin, el 21 de julio de 1822 fue el día de la coronación. William S. Robertson, su mejor biógrafo como dijimos, nos pone ante la "la procesión que incluyó a muchos dignatarios civiles y eclesiásticos y que comenzó en el Palacio de Moncada a las diez en punto de la mañana". Era un domingo. "Filas de soldados hicieron valla en las calles. Casas y edificios estaban decorados con pendones y banderolas" (Roberston). Los preparativos habían sido numerosos. Alamán cuenta que se habían pedido prestadas gemas para la insignia imperial, sin conseguirlas. Y a la emperatriz, en cambio, lograron ponerle un traje diseñado por un modisto francés cuando la ceremonia de coronación de Napoleón. Un coche condujo al emperador Agustín I, vestido, según los testigos de vista, con el uniforme de coronel de regimiento de Celaya. El emperador ingresa a la Catedral rodeado de un "un buen número de generales", en tanto que la emperatriz Ana María, "acompañada por las damas de la Corte". (Y pensar que el 7 de abril de 1823 fue su abdicación¡! Nueve meses más tarde, el viaje a Europa, el calamitoso retorno, el fusilamiento.)

Ceremonias. "Hay que volver rutina los carismas", dirá Max Weber. Pero esa mañana de un domingo mexicano, de entre el público corrían algunos rumores que eran como un presagio negativo. El cónsul Taylor describió la inauguración "como una pantomima de lo más cansada". Una ceremonia de cinco horas, el general Wilkinson dijo que hubiera preferido "echarse dos siestas". Por ahí andaba Carlos María de Bustamente, el eterno insurrecto, que la comparó con una farsa teatral y a la cual habían invitado a los mexicanos de las clases altas, el Capitán General, personajes seleccionados. Quien habló en alta voz y cerca del altar mayor fue Rafael Mangino, presidente del Congreso, diciendo que la Iglesia había colocado la piedra angular del nuevo edificio





político. Si esta frase era hasta más aprobatoria que lo dicho por el obispo de Puebla, una elocuente conferencia en latín, Mangino inquietó un tanto al salir con eso de que el emperador tenía que tener un gobierno paternal y observar la constitución y las leyes, y hacer los esfuerzos heroicos necesarios para mantener la libertad y la felicidad de sus súbditos. Parece que eso como que le picó a Iturbide, al día siguiente en la gaceta oficial así hacía suyo el alegato de Mangino. Lo sabemos por Alamán, y que recoge Roberston.

El reinado —si se entiende por tal, ocuparse de asuntos financieros y administrativos— no fue lo que más ocupará los primeros pasos de Iturbide, ya coronado. Años atrás, Humboldt había hecho una descripción de la Nueva España como una colonia próspera, la agricultura era el maíz, trigo, tabaco, centeno, en sus zonas altas. Había ricas minas por todas partes, en particular en Guanajuato. De oro y de plata. Había minería, uso del hierro, y fábricas de cigarros, botas, zapatos, platería. Pero las guerras de la independencia estaban arruinando a México. Esa fue la impresión de Joel Roberts Poinsett, un personaje que los mexicanos no olvidan. Llegó como el primer embajador de los Estados Unidos, se entrevistó con Iturbide, ambos se detestaron. Poinsett era una combinación de masón y antiespañol, y en las circunstancias mexicanas, sembró la división hasta que en 1830 lo deportaron para siempre. Sin embargo, fino analista, sus cálculos sobre la economía mexicana revelan que si Humboldt había calculado ocho millones de pesos en la producción de bienes manufacturados, esa cifra había descendido a cuatro millones.

Lo que Iturbide encuentra es una bancarrota. Recurrieron a impuestos, a "préstamos forzosos de iglesias, monasterios y tribunales mercantiles". [17] Varias veces intentan préstamos, uno de ellos fue negociado en Londres, como es sabido. Otro desde el aporte de los habitantes del imperio, que no dio resultado. En esas circunstancias, Iturbide tomó varias decisiones, que por cierto, contribuyeron a su impopularidad. Por ejemplo, tomó fondos de plata de propiedad privada por una cantidad de 1'297'200 pesos, "lo cual produjo el descontento de los comerciantes". Lo otro fue la impresión de papel moneda sin respaldo. Por último, autoriza a Stephen Austin, ya en enero de 1823, el permiso para colonizar Texas.

Acaso todo eso no lo lleva al derrocamiento. Por mucho que sonaron los cañones y el griterío intimidatorio de la gente, el "¡Viva Agustín!", el

problema de su gobernabilidad, para decirlo con un término de nuestro tiempo, era abrumadoramente difícil. Ese Congreso que lo había entronizado, no era del todo suyo. En sus primeros pasos, atendía a una junta eclesiástica que deseaba armonizar con los cambios políticos. Le pedían, además, que pidiera al Vaticano cierto tipo de dispensa papal en materia de matrimonios consanguíneos. Iturbide atendía estos asuntos, la Iglesia era acaso su primer aliado. Y atendía a la vez otros actos políticos. La vinculación con los regímenes de Colombia y el Perú.

Acaso ocurría lo mismo que en Chile, Perú, la Gran Colombia. La independencia fue formalmente declarada por un grupo de personas, que luego fueron desplazadas y en ciertos casos, exiliados. Los logros del "héroe político militar", San Martín, Bolívar, como en su caso, no daban para mucho tiempo en el poder. Por lo demás, las políticas de Iturbide no podían limitarse a su trato con el clero, aunque fuese en ese momento numeroso. Se tuvo que dedicar, mientras le planteaban otros problemas (nuevas tierras, la situación impaga de muchos soldados y oficiales) a los signos propios a un régimen: la acuñación de una medalla con su nombre y la cabeza de un águila, la fundación de la sociedad honoraria la Virgen de Guadalupe, la creación de una orden de la Gran Cruz, y una lista de personas escogidas, que fue publicada en la *Gazeta del Gobierno Imperial de México*, según Robertson.

Pero las independencias eran acompañadas por motines y el nuevo actor era el ejército "con un número ridículamente crecido de generales y coroneles", describe siglo y medio después el historiador Riva-Agüero. En el sentido sociológico que le prestamos a entidades colectivas. Y en ese nuevo actor, la conspiración y la sublevación tenían una relación directa con los sueldos y los ascensos. Claro que hubo caudillos liberales y conservadores. Pero pensar de nuestra parte que toda división personal, o entre regimientos enteros, tenía un motivo doctrinario, sería una inmensa tontería. ¡Guerra por las ideas! No seamos cándidos como lo fue más de un legislador de la época. Por algunos decenios, más en Perú que en México, el desorden y la anomia republicana fue un pretexto para que el partido del sable continuara medrando.

¿Hizo bien Iturbide en ceñirse una corona mexicana? Es tiempo, pues, que nos hagamos la pregunta que entonces martirizaba la conciencia de los





mexicanos. Podemos detenernos unos instantes sobre esa cuestión, que tiene el riesgo de opiniones diversas y finalmente, interminables. Todavía hay quienes discuten la transformación del cónsul Bonaparte a Napoleón, o la inutilidad del asesinato de Julio César, a su muerte su idea de un poder de por vida se impuso en Roma. Ahora bien, podemos invocar como un hecho real y contundente, en el caso del México independiente, el peso de la fuerza militar, desde 1820, "un ejército regular de 40'000 efectivos y otro tanto de milicias, distribuidos en nueve comandancias autónomas del poder civil".[18] En segundo lugar, es preciso reconocer que los cambios políticos habían desvanecido el pacto de fidelidad de los vasallos a los reyes. No solo a los borbones, a quien se sintiera rey, regente o presidente. En otras palabras, el Imperio era endeble pero también cualquier otra forma de régimen. El tema era cómo salir definitivamente de la monarquía.

Una investigadora de nuestro tiempo tiene una posición serena ante el caso Iturbide. Lo que hizo le parece "una suerte de 'ingeniería institucional'".[19] Y argumenta, "en un contexto de concordia, unió voluntades de insurgentes, constitucionalistas, republicanos y monárquicos en torno a un objetivo: la independencia de México de España, ordenada y pacífica". No fue, pues, "ni una opción conservadora o contrarrevolucionaria, sino una necesidad política para mantener la unidad nacional, al reconocer la pluralidad de intereses que ya se expresaban antes de 1810 y que estallaron en el decenio siguiente" (*ibidem*). Si esto es así, la "ingeniería" a la que alude va del Plan de Iguala al Congreso constituyente mexicano, la Junta soberana provincial, la Regencia y el Ejército Trigarante, mientras se espera para una monarquía constitucional la respuesta de Fernando VII, una solución española que no llegó nunca.

Entonces, ¿por qué el derrocamiento? En la maquinaria de instituciones que acabamos de describir, una de ellas puso a Iturbide contra la pared. Esa institución fue el Congreso. (Lo mismo le ocurre a Riva-Agüero.) Las intrigas fueron numerosas, y en la biografía de Iturbide, Spence le dedica un capítulo entero. Y finalmente, lograron librarse del "Libertador", como lo habían llamado. Aquí interviene otro actor, que a veces se soslaya. Las logias masónicas. Como se sabe, hubo muchas, y por 1823 contaban las yorkistas, del rito York. Precisamente, las de ese ritual se multiplicaron bajo la batuta de Poinsett que se jactaba de haber fundado unas 101. Cierto o falso (las

logias dejan indicios pero pocos), lo cierto es que Iturbide se enteraba de conspiraciones, constantemente. Una de ellas lo lleva a tomar presos a unos 14 diputados. Era lo que llamamos, un callejón sin salida. Si los arrestaba, pasaba por un tirano. Si no lo hacía, por un monarca blando e incapaz de acciones. El 27 de agosto, recibe una misiva en la que hay un general, ayuntamientos, electores y diputados, párrocos y oficiales, dándoles la razón a los diputados. Iturbide primero hizo cambios entre los mandos militares. Luego, en la voz de Lorenzo de Zavala, uno de los diputados que le era fiel, propone la disminución de representantes, en vista de la situación fiscal. La propuesta fue rechazada. El 31 de octubre, mediante un decreto, Iturbide disuelve la Asamblea Constituyente. Lo que sigue son los diversos manifiestos de Antonio López de Santa Anna. Que será la figura dominante del periodo de poder que sigue a la caída del Imperio.

En enero, a los insurgentes se suma Vicente Guerrero, aquel que siendo revolucionario había pactado con Iturbide la paz en Iguala, y como consecuencia, al juntarse, la Independencia. Pero esta vez, ante el cierre del Congreso, estaba en contra. Como en otras ocasiones en la vida mexicana, la insurrección se contagió de las montañas de Chilapa a Oaxaca. Era el fin.

Se preguntaron muchos por qué dimite sin desplegar la energía que le había caracterizado. Diversos observadores —Bustamante, Cuevas, el propio biógrafo— consideran que "el oficial sanguinario y cruel de cuando era realista, vuelto un campeón de la independencia, su conducta se había vuelto moderada y humana" (Roberston). Y es una opinión bastante posible. Si se había unido a Guerrero para evitar un baño de sangre, ¿iba ahora a enfrentarlo? Lo que dice, meses después, de sus motivos para abandonar el trono es muy cuerdo. "México no necesita más mis servicios contra enemigos extranjeros. Respecto de los enemigos internos, mi presencia en vez de ser ayuda hubiera dañado a la nación…" "Yo no abandoné el poder por miedo a mis enemigos, los conozco a todos y qué podían hacer". Y sugiere que si llamaba a sus tropas, si reunía a los hombres valientes…

En cuanto al viaje, la extensa comitiva que lo acompañó nos permite conocer el grado de rencor que le guardaban, a la vez, cómo lo trataba con respeto en lo que fue la ardorosa discusión de Iturbide sobre las condiciones del crucero, las garantías de comodidad para él mismo y su familia. Por lo





primero, querían en el Congreso que se fuera con su padre y una hermana desvalida, lo cual era inhumano. Por la edad, iban a perecer en los primeros días de navegación. Al final de unas penosas negociaciones acordaron que se quedasen en México, en algún lugar aprobado por el gobierno. En cuanto a sus propiedades, no olvidemos algunas casas, algunas haciendas (que ya tenía antes de ser Emperador), dejaba instrucciones a dos amigos, Nicolás Carillo y a Gómez de Navarrete.

Su viaje no era triste ni alegre. Una tragicomedia. Iturbide siempre tuvo una alta idea de su propia persona; incluso derrotado y exiliado, no dejaba de convencerse que después de todo, era un exemperador de México. Varios detalles del viaje de Veracruz a Liorna en Italia. Una comitiva de por lo menos unas 25 o 30 personas, entre familia y sirvientes. Las exigencias de sus vencedores: nada de parecerse en puerto alguno fuera del destinado. El barco era inglés y se llamaba el Rawlins. Desconocemos cuál era su envergadura, pero el exemperador Iturbide hizo embarcar provisiones: dos vacas lecheras, 10 terneros, 52 borregos, 16 carneros, 600 pollos, 6000 mil huevos, 100 melones, dos cajas de vino de Málaga, 30 cajas de clarete y 12 barriles de vino catalán. La familia exiliada mezcló en sus pertenencias artículos de plata, joyas preciosas y pinturas de viejos maestros. José Malo, el sobrino que fue parte de la comitiva, contó que se había introducido una botella que tenía veneno, por lo visto, Iturbide se preparaba a lo mejor y a lo peor.

La narración de su vida en Europa y la del retorno, que fue un gran error, continúa en la comparación entre su vida y la del peruano José de la Riva-Agüero. Ambos castigados acaso por el error de optar por "monarquías independientes", que tal vez hubieran ahorrado años de turbulencia en Perú como en México. ¿Tiene dudas el lector? Piense en el ejemplo de Brasil. No hubo guerra de Independencia. Y nunca se rompió la América Lusitana. Y hoy existe un Brasil con tendencias imperiales, pudriendo las clases políticas de naciones mal construidas. El caso Odebrecht.

Pero así ocurrió en los inicios de la independencia, y como sabemos, ambas naciones en formación tenían ninguna experiencia en cuestiones tan difíciles como la salida de una dominación de siglos, y el riesgo no se podía evitar, fuese lo que fuese la decisión que tomaran republicanos o monárquicos aislados, centralistas o federalistas, asambleas deliberantes o

juntas de poderes personales. Iturbistas, republicanos, borbónicos, la teoría de qué es lo que le conviene a una nación se logra, por desgracia, tras el juego terrible de los enfrentamientos, y no de inmediato, sino en la *longue durée*. Eso que detestan las pueblos y las élites. ¿Acaso dos siglos después estamos a salvo de gigantescos, descomunales errores políticos?

## *Notas*

1 Usaremos la noción de "patriotas" para indicar que se trata de un tipo de ejército que estaba por la total separación de España. Lo cual no significa que fuera forzosamente compuesto de soldados y oficiales mexicanos (o peruanos, chilenos o colombianos). Ocurre que en el caso del Perú en camino hacia la independencia, muchos ejércitos realistas estaban formados por soldados indios y oficiales peruanos. Evitamos una definición que fuese étnica o cultural, para tiempos tan confusos y novedosos. Hubo americanos que no dejaron los ejércitos realistas sino tardíamente. Este no es un reproche, más bien una forma de indicar que la idea de patria fue naciendo, dolorosamente, a lo largo de esos decenios.

2 Vázquez, Josefina Zoraida, "El Imperio mexicano", en: Gisela von Wobeser (Coord.), *Historia de México*, FCE/ SEP/Academia Mexicana de Historia, México, 2010, p. 164.

3 La historiografía nacional coloca a Morelos como figura inicial. Eso es cierto si tomamos como punto de partida una revolución popular. Pero si pensamos en términos de Estado, se ha tenido que olvidar el aporte de Iturbide. No hay que asombrarse, en Perú no hay casi memoria de lo que hizo el primer presidente que tuvieron, el bisabuelo del historiador Riva-Agüero.

4 Robertson, William Spence, *Iturbide de México*, primera edición en inglés, en 1952 (p. 98). El que hemos comentado es edición del 2002, por el FCE. La distancia entre las dos fechas prueba la resistencia de la historia oficial para situar a Iturbide en su lugar. Es él y no Morelos ni Hidalgo, quien logra la Independencia de México. El Grito de 1808 y 1810 tiene otros valores, no menos importantes. Pero la institucionalidad legal la establece Iturbide, puesto que a su abdicación sigue la República Federal.

5 El historiador Robertson recoge la opinión del periódico *Semanario Político y Literario de México*, que apareció en julio de 1820, con esta opinión: "la nación está libre de restricciones tiránicas". Y había comenzado la selección de diputados para representar a México en las Cortes.

6 Robertson, William Spence, *Iturbide de México*, FCE, México, 2012, p. 61.

7 Robertson, *ibidem*, p. 58.

8 Di Tella, Torcuato S., *Política nacional y popular en México 1820-1847*, FCE de México, 1994, p. 82.

9 Humbert, Marc, *Le Mexique*, "Indépendance et instabilité politique", cap. III, PUF, col. Que sais-je?, Paris, 1986, p. 17.

10 Jáuregui, Luis, "Las reformas borbónicas", en: Escalante, Pablo, Jáuregui, Luis, Vázquez, J. Z., *et al. Nueva historia mínima de México*, Turner Publicaciones / Colegio de México, México, 2013, p. 135.





11 Vázquez, Josefina Zoraida, "De la independencia a la consolidación republicana", en: Escalante, Pablo, Jáuregui, Luis, Vázquez, J. Z., *et al. Nueva historia mínima de México*, Turner Publicaciones / Colegio de México, México, 2013, p. 139.

12 Cosío Villegas, Daniel, Bernal, Ignacio, *et al. Historia mínima de México*, El Colegio de México, 1973, p. 93.

13 Hernández Chávez, Alicia, *México, una breve historia. Del mundo indígena al siglo XX*, FCE, México D. F., 2002.

14 Rocafuerte, *Bosquejo ligerísimo*, p. 5, citado por Robertson, *Op. cit.*, p. 118.

15 Robertson, William Spence, *Op. cit.*, p. 120.

16 Bolívar, *Cartas*, III. Citado por Robertson, William Spence, *Op. cit.*, p. 264.

17 O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, XI, pp. 339-340. Citado por Robertson, William Spence, *Op. cit.*, p. 259.

18 Hernández Chávez, Alicia, *Op. cit.*, p. 173.

19 Hernández Chávez, Alicia, *Op. cit.*, p. 175.